

# Cuadernillos de poesía colombiana

5

Antonio Llanos

ESTUDIO DE ALBERTO DURAN LASERNA

---

Ediciones de la revista "Universidad Católica Bolivariana"

---

**ANTONIO LLANOS** nació en Cali en 1905. Estudió humanidades en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Comenzó a escribir desde los dieciseis años. En el ritmo de su actual poesía ha encontrado la voz para expresar su terrible angustia y profunda desazón humanas.

Ha dirigido "La Patria" de Manizales y actualmente es sub-Director del "Diario del Pacífico". Hasta la fecha no ha publicado ningún libro, mas inéditos guarda los siguientes: LA COMARCA DE DIOS, EL DON SUPREMO, REVELACION, TEMBLOR BAJO LOS ANGELES, TIEMPO DE AMOR, CANCIONES DE SIMBAD EL MARINO, CANCIONES INFANTILES, RELATOS DE MUJERES Y EVASION DEL HOMBRE.

# Antonio Llanos

## 1

El hombre está promovido hacia Dios por tan sólo el impulso de su esencia. De su clara esencia. Turbia esencia terrenal o, vuelta hacia arriba, con limo de cielo, para siempre. Así permanece el hombre y es su natural estado: rozándole la inminencia de Dios, o rescatado por su amor, plácidamente, en el más seguro y ancho vuelo del alma.

Antonio Llanos es el único poeta místico de hoy que no deja de ser hombre integralmente para cantar a Dios. En él es singularmente palpable el lastre de la carne, pausando o conteniendo el llamado por el apremio simple del instinto. Todo le retiene a la vida, hasta su modo incierto de buscar escalas que no acaban en Dios.

El problema metafísico de Llanos, es el vértice de todos los caminos místicos que la lírica nueva recorre hoy con tanta maravilla. Su sitio, —por suyo solitario y admirable,— no tiene altura que lo rebase. No es igual a ninguno de los místicos poetas que cantan en América. A Carvajal le lleva cautivado la regidora voz de la enamorada de Avila, la seca plegaria de San Pedro de Alcántara, y del Santo Agustín, los aceros de caballería. A Carvajal, —ni a Rosales, ni a Llanos,— le sabe a medioevo su raigambre, y más que para Dios, su canto regresa de El para los hombres. Ya Bernárdez le viene haciendo compañía con cielo y pulso de Garcilaso.

Rosales es la más pura y ardorosa lírica hacia Dios

**¡Ay, quémame en la voz la sangre que te llama.**

San Juan le trae su incendio de pureza, pero él no pierde ni el ansia, ni la sangre de la primavera, ni la flor del almendro, ni el agua, ni la estrella, y no pide tan sólo amor como Llanos.

Para Llanos el paisaje cristiano es un zumo de tiempo a él tan lejano como el temblor de los ángeles. “La ignota ansiedad de ser divino”, que dijo Pellicer, apenas sí ha recostado su acento a la poesía de Llanos. A su lenguaje de poesía. Y a Juan de la Cruz le sigue en limpia línea intacta: por dimensión, altura y música del vuelo:

**Sobre tu voz descanso,  
como el ave en la flauta enamorada.  
Dime la ley del manso  
que dé fuerza a mi nada,  
y en mi costado engendre la alborada.**

A pesar de su humana levadura, tan maculada, nada más tiernamente dibujada que su voz. Maduro el aroma que lo levanta, su canto se vuelve sobre sí para seguir cantando, que no para volar eternamente.

No ha de ser por siempre la substancia de la mística, el fuego divino arrebatando la sola promesa de Dios, llegada a la criatura por antevisión de la muerte o por el cauce de la vigilia. Y para los presentidos caminos a Dios, en la mística, no ha de impregnarse la planta en sus huellas florecidas, ni su marca la escondida clave de su gracia.

Al arrobo de la criatura es bastante la simple intuición del vuelo. Vuelo simple, escondido, de atadura nudo y libre. Sin la elación, soporte y rumbo del vuelo, el alma quedaríase apenas sobre la tierra, prendida a su profunda y pesada vertiente, ceñida a la tierra iluminada por su ansia.

En la primera morada, —existir dentro de su alma desterrada,— al místico se le separa el mundo tras subidos e invisibles cercos de soledad, dura flora para que reflorezca el corazón. Con el entendimiento obscurecido, el mundo no trasciende plenamente a su vida, que se diría vacía, que no lleva palabras bienaventuradas. Y ese apartamiento de la tierra manchada, ese huir esperando, ese escapar la vida, ese tieso sonreír del asceta que arrodilla su temblor para mirar al cielo, sólo deja los ojos desolados y eternamente fijos.

Y el aire sosegado siempre. Y yermo el collado, el pecho, la voz, y el agua acallada, y es silenciosa la propia oración. Todo está detenido, no suspenso, apaciblemente. El grito tiene cortados los remos, y ni el trino consigue resonancia. No hay sino un escondido fuego, consumiendo la sangre y acercando la muerte frente a la alegre y amada tristeza de Dios.

Llanos traspasa, enceguedo, este paraje iluminado.

Cómo dura su tránsito! Tal dura el corazón enrumbándosele por la guía de la llama, de la cárdena llama enamorada.

## 3

El sitio no tiene, como Castilla, la tierra parda, umbrosa, enrojecida por un fuego que se ha evaporado. No hay "música callada", ni "soledad sonora".

**"El aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada."**

La mañana sigue hasta alejarse de sí misma; y la hora que le da su meridiano, clarea; y, eterna yá, es sosegada y blanda. Sube la luz con el paisaje dormido entre los brazos.

**Al cielo bájo el corazón engaña  
con el fuego inocente de su aurora  
y sin los nombres de la vida, ahora,  
el albor de los ángeles me baña.**

Allí el aire está temblando de sólo claridad, y hay pájaros que tienen la garganta igual a los que cantaron apenas Dios hizo la luz. Entre aquellos y los que aquí rompen cantando su manso movimiento, cabe solamente un amoroso tiempo detenido.

**¡Oh desmayo dichoso!  
¡Oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!**

Es aquí cuando a la altura de Fray Luis, Llanos despoja su flauta blanca del dorado silicio del trigo, de la divina hogaza eucarística, —consume la blanca nieve su blancura—, y ardiendo se traspasa la voz con dulce amor, con amoroso amor. Y viene el vuelo. El vuelo de esta voz sobre su propio aire transparente.

**"Apaga mis enojos,  
pues que ninguno basta a deshacellos,  
y véante mis ojos,  
pues eres lumbre de ellos  
y solo para ti quiero tenellos."**

En luz bañado el ruego deja de ser premioso, tal como si se hubiera suspendido. La voz se desparrama y el viento se queda sin sonido. Porque ya es casi de la luz la alborada entre la sangre. El corazón no quiere de Dios la palabra, más sí la brasa que la deja ardida. Todo está buscando al Dios de la noche serena, que llama, "que consume y no da pena"; al Dios del día enhilado a las nubes, puro, como si fuera de agua.

**Yo estaba, Amado, ciego,  
y el corazón la estrella pretendía,  
mientras su leve fuego  
sobre el callado día  
en trémula ceniza descendía.**  
.....

**La noche constelada  
dióme clara razón de tu belleza.  
Ya la paloma alada,  
que en breve silbo empieza,  
comunica a los aires tu pureza.**  
.....

**Quien en la noche pura  
contempla el rostro cándido del cielo  
y no ve tu hermosura  
tras el ardiente velo,  
gusta apenas el prólogo del vuelo.**  
.....

**Si el misterio del canto  
antes de hablar el niño revelara,  
¡el inocente llanto  
en una lengua clara  
esta divina música expresara!**

4

Lo que hemos dibujado, sobre la frente de la poesía, es la medida del ritmo que Llanos ha mantenido en el vuelo. Es su proceso de purificación. De acento pesado y angustiado a la más cálida transparencia. Sus místicas vivencias, hondas, de acendrada ternura, no se mueven ajenas a la divina palabra. También, como San Juan, Llanos se acerca, en el final de su obra, al Cantar de los Cantares. Desde que San Juan le mostró ese infinito cielo de dulzura que es el "Cántico Espiritual", recorre la lírica moderna con un humanísimo calor. Sin embargo, no alcanzamos las alturas a que llegue su voz, que una endurecida retórica le viene retardando esas esferas.

**Alberto DURAN LASERNA**

## ¡Oh Madre!

Brinda arrullo y regazo, como el árbol y el ave,  
a la desolación de mis días aviesos.  
La miel de sus palabras desciende hasta mis huesos  
en el trémulo giro de una onda suave.

En su mirar profundo puso Dios, con la clave  
de la vida, honda urna de castos embelesos;  
se hace pura mi carne al calor de sus besos;  
su plegaria es la estrella que dirige mi nave.

Me ha dicho alguna vez que fue triste su infancia  
(yo nunca le pregunto por las antiguas cosas),  
mas a su voz mi espíritu se llena de fragancia.

Sí pienso en su niñez me inunda un dulce llanto;  
cuando niña, ¡quién sabe si al mirar unas rosas  
su virginal entraña sintió crecer mi canto!

## Tierra de humildad

Yo descifro el milagro maternal de la espiga  
que anuncia la plegaria del Pan de vida eterna  
y el diáfano mensaje que ofrece a la caverna  
la gota que del seno matinal se desliga.

En la casa profunda de la abeja y la hormiga  
aprenden mis canciones su mansedumbre tierna  
y al pie de los palmares que visten la cisterna  
con la luz del crepúsculo se apaga mi fatiga.

Dialogo con las brisas en la noche callada.  
Después de hilar mis cantos en el telar del viento  
comparto con los montes el sol de la alborada.

En el crisol del Angelus mi carne se depura  
y, en el bosque sonoro de mis entrañas, siento  
crecer, como los ríos, mi paz y mi dulzura.

## Vuelta a Fray Luis en el día del amor

¡Ya no me turba el ansia de tu acento,  
Fray Luis! ¡De mi verdad estoy seguro!  
Ya es transparente el estrellado muro.  
Ya las pupilas ven el pensamiento.

¿Qué viste tú? ¿Qué oyó tu entendimiento  
entre la cárcel de tu cuerpo oscuro  
que no diste con tu ala, origen puro  
del primo y constelado movimiento?

Déjame en mí sin velos. Solo y dueño  
del amor. La mirada esclarecida  
sabe de las divinas proporciones.

Ya las montañas vuelan en mi sueño  
y en el principio activo de la vida  
la eternidad enciende mis acciones.

## Entrega del alma a la belleza

Vuelto hacia Ti mi dulce arrobo humano  
recoge el Pan la esencia matutina  
y en el cándido fruto de la harina  
el corazón de Dios se abre en mi mano.

Suprimida la música, lejano,  
filtra el silencio música divina,  
y la noche entregada me ilumina  
sin la hermosura de este cielo vano.

La luz herida del Costado mana.  
En las señales próximas del vuelo  
abre la lumbre angélica mañana.

Y alzado a la colina de las rosas,  
con ojos niños contemplando el cielo,  
asigno nuevos nombres a las cosas.

## Fuerza del amor

Por las colinas náuticas del trino  
mi pensamiento la belleza escala  
y conduce en la música del ala  
el transparente fuego matutino.

Crece en las uvas la niñez del vino  
que el aire tierno de la noche exhala  
y doy al soplo de la muerte escala  
en esta luz de resplandor divino.

En el azul cronómetro del día  
el puntero de brisa de las naves  
fija el instante de la melodía.

Todo lo crea el sentimiento mío:  
el mundo, los espacios y las aves.  
¡Tu fuerza, Amor, me da su poderío!

## Música del ser

En el principio era el Verbo  
San Juan

Antes que en el principio estuvo ella  
móvil en el silencio de la nada,  
y fueron por la luz de su llamada  
el hombre, el agua, el pájaro y la estrella

En la boca del párvulo descuella  
como el alba en el cielo derramada  
y por ella en la harina inmaculada  
asume el sér su forma pura y bella.

Ni tiempo, ni accidente, ni sonido  
maculan las virtudes de su Esencia,  
que no gozan ni el ojo ni el oído.

¡Sólo el vuelo del éxtasis lo sabe!  
Y de arcángeles hierva la presencia  
que en su divino entendimiento cabe.

## Día de primavera

Se ahonda la mirada en esta amena  
sucesión de las rosas, cuando el río  
de la voz abandona el cauce mío  
y une su miel a la dulzura ajena.

Medita su blancura la azucena  
bajo el albor del sentimiento mío  
y puede hoy la gota de rocío  
descansar en el lirio de mi pena.

Ya puestos los sentidos al descanso,  
vuelvo hacia tí los ojos en las rosas,  
dando mi ley al corazón del manso.

Y ausente de las vanas hermosuras,  
la sabia maravilla de las cosas  
me da el silencio de las voces puras.

## Temblores

Manso temblor de arcana lejanía  
que intuye la visión de la hermosura.  
Firme temblor transido de ternura  
por la espada sutil de la alegría.

En el cansado límite del día  
alza el lucero la plegaria pura.  
¡Desgarrado temblor de la pavora!  
¡Pena mayor la de la pena mía!

Raíz de la candela silenciosa,  
pulso del estrellado firmamento,  
alta razón del pájaro y la rosa.

Agua y sangre vertidas del Costado.  
Ya me sostiene sólo el alimento  
del encendido Pan transfigurado.

## Ser

Pausa del verso, pausa del sentido,  
clemencia meditada de las rosas  
bajo las arduas voces misteriosas  
que espacian el silencio del oído.

Caridad del lucero y el olvido,  
sudor de lumbre virgen en las cosas,  
impulso de las castas mariposas,  
candela de mis pies, ansia del nido.

El ojo ciego para darle al tacto  
la virtud de palpar en la presencia  
de prima luz el inefable acto.

Entre los lirios tu hermosura anida  
y en el sueño profundo en cuya esencia  
cuaja la flor perfecta de la vida.

## Pastoreo

Te han sentido las fuentes del acento  
y el casto pulso musical del río  
cuando el relente de oro del estío  
brilla en los lirios móviles del viento.

Las aves te han sentido en el momento  
en que tu flauta llora mi desvío  
y enciendes en mi noche, Amado mío,  
la candela del hondo llamamiento.

Cuando la brisa mece la campana  
del júbilo, tú dices todavía  
que es vano el beso y que su miel es vana.

Y sin cuidarte de los pies llagados,  
coronada la frente por el día,  
asciendes a mis trémulos collados.

## Canto a Virgilio

Como lámpara tenue de marfil, tu diseño  
trasluce los fulgores de recóndita llama.  
Sutil y dulce el sistro del otoño derrama  
sobre el valle de ónix apagado beleño.

Suave mirto en torno de las sienas, risueño,  
el temblor de ceniza de tus noches inflama.  
Los estaños solares en la muerta retama  
de tu báculo fulgen. Nada arruga tu ceño.

En tu flauta de ébano rumora, oculto, el día  
quemado por el fuego de tu canción nocturna.  
Leve cantar de mástiles saluda la bahía.

Solo, bajo la noche, los luceros por toca,  
el Florentino erige la frente taciturna,  
adivinando el alba sobre el haz de tu roca.

## En la flauta de Horacio

Fray Luis con dulce sistro en la noche memora  
tu canción. Calla el Valle. Y del palio de argento  
en llovizna de nácar descende al pensamiento  
la claridad celeste que el ámbito decora.

Brilla el campo de flores. Es de zafir la hora.  
La luz infla las velas musicales del viento  
y en la vigilia absorta mi dolido concento  
antes que el mustio párpado reconoce la aurora.

Todo el rumor del mar como en la cárcel breve  
del caracol se ordena; en tu siringa leve  
perdura con el ritmo de la marea ignota.

El sol amarra al monte su galera de oro,  
y en Apulia, cautiva de tu cuerno sonoro,  
tu pabellón latino sobre los tiempos flota.

## Día de canciones

Las colegialas han venido  
a ver mi roto bergantín.  
Turban hablando mi sentido  
con un efluvio de jardín.

Pero mis barbas están grises.  
Yo cantador, yo cantador.  
Yo que tenía, como Ulises,  
en cada puerto un viejo amor.

Corren y gritan en la popa  
y dan al día su oración.  
Moreno viento las arropa  
con una manta de canción.

Yo, que he loado cosas puras  
y de las barcas el perfil,  
para cantar estas criaturas  
quisiera un tallo de marfil.

Un tallo leve como el agua.  
Yo cantador, yo cantador,  
iré cantando en la piragua  
de un leve pétalo de flor.

Será una noche ardida y bella,  
noche en que diga mi cantar.  
El puro dátíl de la estrella  
verán caído sobre el mar.

Pero mis barbas están grises.  
Yo cantador, yo cantador.  
Yo que tenía, como Ulises,  
en cada puerto un viejo amor.

## La espera

Aquí me tienes esperando  
que tu navío eche las anclas,  
mas en el cielo de los mástiles  
no están los palos de tu barca.

Viejo lobo de un mar lejano,  
corrió entre céfiros mi infancia  
y con la miga de mis sueños  
encendí mi pipa dorada.

Fue mi padre un dulce marino  
(ardía el sol entre sus barbas.... )  
que me enseñó desde pequeño  
a hablar en ritmo de baladas.

Siempre en el mar dormí en la noche  
y al despertar en la alborada  
entre gruñidos y linternas  
las naves se balanceaban.

Y aquí estoy esperando un barco  
que del paisaje de mi infancia  
cargado venga con mis sueños  
y ancle en mi riba desolada.

Las gaviotas saben mi historia.  
Mi padre Ulises se llamaba....

## Ascenso desolado al amor

En el breve camino,  
alzado como un lirio en la espesura,  
el corazón divino  
oyó la flauta pura  
y enamorado fue de tu hermosura.

Vagaba por mi huerto,  
siguiendo la alta voz de la doncella,  
enamorado y cierto....  
¡Oh parva lumbre aquella  
que detiene la cima de la estrella!

De pronto, levantado  
hasta el vértice puro de las cosas,  
entendí que el estado  
de amor no está en las rosas,  
sino en las duras noches silenciosas.

Estar enamorado  
no es gozar con el ojo y el oído  
la imagen del Amado:  
es huir del sentido,  
"también en soledad de amor herido".

Estar enamorado  
no es "padecer el tiempo con dulzura",  
cifra de lo creado,  
sino encontrar la pura  
medida que nos mida la hermosura.

Yo estaba, amado, ciego,  
y el corazón la estrella pretendía,  
mientras su leve fuego  
sobre el callado día  
en trémula ceniza descendía.

Estar enamorado  
no es escuchar, entre la noche, apenas,  
el viento sosegado,  
sino oír las serenas  
voces de las angélicas colmenas.

La noche constelada  
diome clara razón de tu belleza.  
Ya la paloma alada,  
que en breve silbo empieza,  
comunica a los aires tu pureza.

Como hacia el día sube  
de su cáliz el lirio desprendido  
para alcanzar la nube,  
yo, de mi cuerpo huído,  
ascenderé al collado de tu oído.

Quien en la noche pura  
contempla el rostro cándido del cielo  
y no ve tu hermosura  
tras el ardiente velo,  
gusta apenas el prólogo del vuelo.

De nuevo está la vida  
parada en el diamante matutino,  
y en su clara medida  
cabe el hervor divino,  
como cabe en la espiga y en el vino.

Evoco a la doncella  
en la urna encendida del diamante.  
Mas ya la humana estrella  
no va con el amante  
corazón, de altos cielos navegante.

La evoco silenciosa,  
vestida de su leche de azucena,  
más alta que la rosa,  
a mi dolor ajena,  
sin descender al pozo de mi pena.

La evoco en este canto,  
mientras el niño rompe su lucero.  
Y el ardiente quebranto  
fluye de mi venero,  
como la luz del ojo del cordero.

El ángel, suspendido  
del silencio, en la lumbre se evapora,  
y la luz del sonido  
difunde entre la aurora  
la mansa melodía de esta hora.

Calla la voz. El mundo  
rige el sabio y activo movimiento.  
Nace el lirio profundo  
en la entraña del viento,  
acendrando el aroma del momento.

Sobre tu voz descanso,  
como el ave en la flauta enamorada.  
Dime la ley del manso  
que dé fuerza a mi nada,  
y en mi costado engendre la alborada.

El alma sin mancilla  
difunde el aire de la vida pura.  
Y el límite de arcilla  
afrenta con dulzura,  
y la paloma suelta en la espesura.

Los brazos de las flores  
ablandan el ardor de mi querella.  
Quemado en resplandores,  
corriendo tras tu huella,  
abro el nuevo camino de la estrella.

Tiempo de amor profundo . . . .  
¡Ay, quién podrá curarme de mi herida!  
Entre la sangre me hundo,  
y atravieso en la huida  
los parvos horizontes de la vida.

Todo el dolor deshecho  
mana la fuente del costado herido.  
Y en la lira del pecho  
el cantor consumido  
resume el universo del sonido.

La melódica lira  
bajo los dedos místicos padece.  
La música suspira  
y el arcángel florece  
en el baño de luz que me embellece.

Intuye el pensamiento,  
asombrado, la vida silenciosa,  
y el claro entendimiento,  
que ahonda en cada cosa,  
tiembla frente al misterio de la rosa.

Comprende que la estrella  
ignora la razón de su ardentía,  
y el ave la querella  
de amor, que, bajo el día,  
pone en su lengua fácil melodía.

El cuerpo se desnuda  
de su fulgor y asume la presencia  
de la belleza muda,  
y el tránsito evidencia  
la simple levedad de la inocencia.

La luz infunde, alada,  
de la noche en la entraña su desvelo,  
y en su nave quemada  
entrega el puro cielo,  
vértice exacto del divino vuelo.

La voz se abre en la mano,  
como el cielo en las palmas del estío,  
y su dátil arcano,  
oculto en el rocío,  
cae en las aguas del humano río.

La brisa transparente  
en trémulo vaivén me da la clave  
de la criatura ausente,  
y casta miel süave  
humedece los cánticos del ave.

Exacta y breve norma  
del tiempo por el alba conocido.  
Quien no advierte la forma  
anterior al sonido,  
ignora de la música el gemido.

Vencido por la aurora,  
me sumerjo en el duro mediodía,  
y es apenas la hora  
de la simple armonía  
con que anuncian los pájaros el día.

El sueño me revela  
la ciudad de la estrella sumergida;  
su arquitectura vuela,  
por la luz sostenida,  
anulando la clave conocida.

Celebro tu hermosura:  
el pie de flor, el cuello de paloma,  
la diáfana blancura  
que de tu cuerpo toma  
el lirio ya esparcido en el aroma.

La brisa da la clave  
que rige en el melódico sistema,  
y la pupila grave  
en su húmeda yema  
resume, limpia, la estrellada gema.

La frágil mariposa  
del sentido navega hacia la muerte,  
y la cándida esposa  
en tierno vaso vierte  
el vino del convite, dulce y fuerte.

La mesa está dispuesta.  
El corazón procura la manzana.  
Y en fácil son de fiesta  
la voz de la campana  
mueve la claridad de la mañana.

La honda y firme mano  
probado entrega el pan de su albedrío,  
de alto sabor arcano,  
quemado en el estío  
del amoroso sentimiento mío.

Insomne fuego dora  
el corazón arcano de la harina,  
y no enciende la aurora  
la frente cristalina,  
sino la esencia de la luz divina.

¡Oh callada hermosura!  
¡Oh prados en que duermes, Amor mío!  
Colinas y espesura:  
decidle a mi desvío  
si ha empapado su túnica el rocío.

Mi ardiente pesadumbre,  
surcada por las aguas de la pena,  
se asoma en la vislumbre  
de la noche serena  
a la justa belleza que enajena.

Quedárame dormido  
en las rodillas trémulas del viento,  
para oír el latido  
que eleva el firmamento,  
como la voz la entraña del acento.

En la dulce tarea  
de consolar el corazón ardiente,  
la brisa pastorea,  
en el tiempo inocente,  
el candoroso lirio de tu frente.

El ángel nos contempla;  
me dueles en la herida misteriosa;  
el día su arpa templá,  
y la virgen esposa  
asiste al nacimiento de la rosa.

Aun la niña pura  
sube a mis evadidos derroteros;  
mas ya en la noche oscura  
los cándidos veleros  
quiebran ardiente espuma de luceros.

Clara de azul la frente,  
en la mano la música escondida,  
soltando el frágil puente  
oculto de la vida  
y envuelta en el silencio de la huída:

así va la doncella,  
vagando por la bruma del ensueño,  
difundida en la estrella,  
ahora que mi sueño  
se rinde en las Potencias de su Dueño.

La brisa que reposa  
el desasido espacio la presiente.  
La torre de la rosa  
fluye interior relente,  
vertido por la nube de la frente.

La primera jornada  
vencida fue por el amante tierno.  
Llegado a la morada,  
el resplandor eterno  
espantó las palomas del invierno.

De vuestros ojos bellos,  
que soles fueran en la vía oscura:  
enamorada dellos,  
se interna en la espesura  
mi noche coronada de hermosura.